

# Primer capítulo

(1971)

Para no confundir al lector, indiquemos en las primeras líneas que este relato se inicia a principios de los años setenta en una tienda del Carrer Nou de Figueres –esquina Sant Llàtzer- conocida popularmente como “la tienda verde” a causa del color de la pintura que decoraba la puerta y el escaparate, de una madera ya por aquel entonces ajada –de una tonalidad desleída y blanquecina, visible a través de las grietas y de los fragmentos que habían perdido el color verde original, obra del tiempo y de los niños que arrancaban la pintura a tiras a su paso. Con los años, Àngel Mauri averiguó que el nombre correcto de la tienda era “Can Prats”.

Mientras fue capaz de recordarlo, lamentó el elevado número de golosinas que había sustraído de aquella tienda: sidral, palomitas, sugus, palotes, conguitos, pipas Churruca, bastones caramelizados, quicos de maíz, nubes blancas y rosas, monedas y botellas de chocolate, caramelos de moca y de avellana, gomas azucaradas con sabor menta y a cola, chicles Chew -en forma de prisma- y Bazooka –como cilindros estriados-, regaliz rojo y negro, duro y blando (en forma helicoidal, espiral y tubular, cada uno de distinto grosor)... Todos estos manjares estaban colocados en cajas y botes abiertos sobre una mesa baja que complementaba al mostrador y que estaba al alcance de los clientes: un memorable antecedente del self-service o, mejor aún, del buffet libre. A la derecha de la tienda, en una pared oscura y desconchada, sujetos con pinzas de tender la ropa en cordeles atados a clavos, estaban los sobres sorpresa, repletos de diminutos soldados de plástico de todas las épocas: en posturas ofensivas, avanzando pegados al suelo, con el bazooka al hombro (el padre de Àngel Mauri le había contado que aquel tubo, que tenía el mismo nombre que los chicles Bazooka, sólo lo podían acarrear los soldados más forzudos del regimiento), la metralleta sobre la pierna flexionada, inmóviles en el gesto de caer hacia atrás o de lanzar la granada al enemigo, atacando con la bayoneta calada o pistola en mano, desfilando con el banderín rígido o la bandera ondeando al viento, a caballo, con jeeps, motos, camiones o carros de combate, en columna, en fila o a discreción. Y también los soldados con casaca, blandiendo sables y mosquetones, lanzas y alabardas, alfanjes y hachas de doble filo. En cada sobre sorpresa había decenas de soldaditos del tamaño del pulgar de Àngel Mauri, recortados sin demasiada precisión en plástico gris, marrón o azul y provistos de una base cuadrada que apenas servía para que se sostuvieran en pie. En la parte

más oscura del pasillo de los sobres sorpresa había una cortina de flores azuladas sobre fondo gris, gruesa y deshilachada, que ejercía funciones de puerta por donde hacían acto de aparición las señoras Prats, por regla general cuando él ya había tenido tiempo sobrado de llevar a cabo las complicadas operaciones morales en las que intervenían su educación católica, una ética en formación, el cálculo de riesgos y el deseo irrefrenable de llenarse los bolsillos de productos comestibles con un alto contenido de glucosa. Debemos advertir que Àngel Mauri no era un ladronzuelo habitual, pero la invitación tácita que advertía en la peculiar disposición de la tienda verde y los largos y solitarios minutos de espera en el buffet libre creaban un ambiente tan propicio al intercambio de propiedad que todo parecía, si no legal, sí conforme a la filosofía del establecimiento. En alguna ocasión, Àngel estaba seguro de que las señoras Prats lo habían sorprendido introduciendo algún objeto comestible en el profundo bolsillo de su anorak, pero ellas tenían la delicadeza de no tenérselo en cuenta.

Las señoras Prats eran como mínimo dos: una “vieja” (no pasaría de los cincuenta años), nerviosa, de perfil bien dibujado y nariz de periquito, siempre con las gafas colgadas al cuello de una cadenilla, y la otra (si no eran dos o tres mujeres que Àngel Mauri confundía de manera sistemática) más desdibujada y silenciosa, tal vez todavía más “vieja”. En cualquier caso, las hermanas poseían la misma voz vaga e idéntica mirada, blanda y miope. Las morosas actividades que tenían lugar en la misteriosa trastienda, al otro lado de la cortina de flores, nunca fueron conocidas por Àngel Mauri. Sea como fuere, la contribución de las hermanas Prats al reparto de soldaditos y golosinas entre los niños de la época, dotados de escasísimo poder adquisitivo, merecería un homenaje cívico, probablemente póstumo. Por otra parte (y en este punto el mérito no es de las hermanas Prats, sino de su época), los productos que se ofrecían no se sometían a las directrices actuales ni en cuanto al carácter formativo de los juguetes, ni en cuanto al equilibrio de los hábitos alimentarios: la tienda era un torrente de azúcar y de violencia simbólica, que de todos modos no impidió que Àngel Mauri y otros clientes habituales crecieran delgados como espárragos y partidarios del diálogo como la vía más adecuada para resolver situaciones conflictivas.

En la mesa de las golosinas había también brazaletes, anillos, pendientes, pasadores, colgantes, collares y diademas de plástico rosa y verde claro semitransparente, yoyós amateurs y profesionales, pequeños revólveres de petardos y sus correspondientes municiones colocadas en cargadores circulares, estrellas de plástico con las puntas redondeadas y la palabra “sheriff” impresa en altorrelieve, y también canicas. Algunas de estas canicas propiedad de Àngel Mauri gozan de cierto protagonismo en este relato. No es seguro que nuestro protagonista las sustrajera de Can Prats de manera ilícita, pero tampoco es descartable. Lo que sí es seguro es que, de una manera u otra, las canicas procedían de aquella tienda céntrica y tenebrosa, y podemos imaginarlas impregnadas de

gloriosos aromas de conguitos y sidral.

Ahora que una de estas canicas ya obra en poder de Àngel Mauri, puede dar comienzo el primer episodio de esta historia. Supongamos que llega con su nueva adquisición a la escuela después de comer, poco antes de la hora de entrada, hacia las tres menos cuarto. Como la mayoría de sus compañeros, lleva bambas de tela azul –con la puntera y los talones blancos-, calcetines de rombos estirados hasta casi la rodilla y una camiseta cuidadosamente introducida dentro de los pantalones cortos. Cruza la verja metálica y descubre a su derecha, bajo una morera, a un compañero algo obeso que juega a canicas (es probable que Àngel haya llegado antes a la escuela precisamente para estrenar su nueva canica). El compañero obeso no lleva camiseta, sino una camisa Lavipanda a rayas blancas y naranjas con un potro violeta bordado en el pecho izquierdo. Àngel se le acerca, extrae la canica del bolsillo y la pasa de una mano a otra.

-¿Jugamos? -pregunta su compañero, a quien llamaremos Barneda.

-Vale.

-¿A verdad o a mentira?

-¿Qué?

-Que si quieres jugar a verdad o a mentira.

Intenten, por favor, ponerse bajo la piel de aquel niño. Tal vez hoy en día la mentira disfruta de cierto crédito entre los escolares, o bien ha sido embellecida por la pátina de la ficción o, en general, del artificio, pero un niño de principios de los setenta no podía dudar ante un dilema de este tipo. Àngel Mauri no tenía ni idea de lo que significaba la pregunta de Barneda, pero las misas de cada domingo en Les Franceses, las clases de religión de la escuela, el catecismo en la parroquia de la Immaculada, la primera comunión recién hecha, un conocimiento primario de lo que entonces se llamaba Historia Sagrada, una familia severa y unos maestros nacionalcatólicos le habían inculcado un miedo cerval –es decir, moral- a la mentira. De modo que su respuesta fue inmediata.

-A verdad.

Se sirvieron de uno de los múltiples hoyos que tenían a su disposición en aquel rincón de patio. Barneda trazó una línea con el pie, a cinco pasos del hoyo. Se colocaron detrás, apuntaron y lanzaron sus canicas. La de Àngel Mauri cayó a tres palmos del hoyo, la de Barneda no entró por poco. Al segundo intento, la de Àngel se acercó, mientras que Barneda no tuvo dificultades para

introducir la suya. Después apuntó hacia la canica de Àngel y la tocó de lleno.

-Primeras -dijo.

Barneda jugava con una canica de las que recibían el nombre de “picadas” porque su superficie había perdido la lisura original. Aunque visualmente resultaban menos elegantes, los jugadores más avezados las preferían porque no resbalaban entre los dedos y permitían una mayor precisión. Nos detenemos en esta circunstancia, no para apuntar una posible desigualdad entre los dos jugadores (que la había), sino para indicar que en su primera partida a verdad, Àngel se las tenía con un jugador particularmente veterano.

-Pincolls –dijo Barneda, colocando longitudinalment el pie entre las dos bolas para demostrar que había dejado la distancia reglamentaria.

Después volvió a tocar la canica de Àngel.

-Matutes.

Las dos esferas habían quedado tan juntas que parecían tocarse. Barneda se arrodilló, acercó su cara y dictaminó.

-Maman.

Cogió ambas canicas, se levantó, las colocó entre el pulgar y el índice, una bajo la otra, estiró el brazo y las dejó caer. Cuando chocaron entre sí en el suelo, se separaron medio metro largo.

-¿Mandando o sin mandar?

-Mandando –respondió Àngel, por decir algo.

Barneda tocó de nuevo la otra canica y la envió limpiamente al hoyo. En aquel momento se empezó a oír a los maestros.

-¡A formar! ¡Venga, a formar!

Barneda se metió las dos canicas en el bolsillo y se encaminó hacia su fila.

-¡Eh! ¿Y mi bola? –protestó Àngel, que le seguía a pocos pasos, entre los compañeros que se reunían por clases.

-¡A cubrirse! ¡Todos a cubrirse! –se desgañitaban los maestros, apoyados en la baranda de la terraza.

-Hemos dicho que jugábamos a verdad, ¿no? –respondió Barneda.

Ahora podríamos añadir que aquel día Àngel aprendió a desconfiar de la verdad. Pero no sería cierto. Era demasiado joven para eso. Sí que aprendió, en cambio, a desconfiar de Barneda.

Àngel tenía una hermana mayor. No sabemos hasta qué punto los efectos de esta convivencia son relevantes; por ahora nos centraremos en un circunstancia muy concreta. Resulta que en aquella época se puso de moda una determinada marca de bragas que se expendían en botes de plástico. Los botes consistían en una base cilíndrica de color blanco, a la cual se añadía un tapón de plástico transparente en forma de cúpula. Sea porque los niños nunca disponen de todos los botes que necesitan, sea por la morbosidad de éstos en particular, Àngel se encariñó con uno que le regaló su hermana, y lo utilizó –una vez desprovisto de su contenido original- como receptáculo de su incipiente colección de canicas, que iba en aumento según repetía las visitas a Can Prats, con los regalos propios de fechas señaladas y con la firme determinación de no volver a jugar a verdad con individuos como Barneda.

Durante aquel curso, el maestro de Àngel Mauri era el señor Comas: alto y delgado, de un color entre la uva garnacha y la aceituna verdial, provisto de largas manos de dedos sarmentosos, y de un cabello negro y sucio que, cuando se enfadaba, le caía en desorden ante los ojos. El señor Comas había sido dotado por la Providencia de una voz profunda y gutural. La circunstancia –nada inhabitual por aquel entonces- de que fumase en clase lo hacía, quizá, más temible. Cuando se acercaba a un alumno moviendo el cigarrillo entre los labios parecía un torero preparándose para clavarle el estoque entre las cejas. A Àngel le fascinaban los filamentos de humo que brotaban de la nariz del señor Comas cuando se situaba ante la ventana. Nacían verticales y tubulares como un chorro de agua, pero no tardaban en frenar su ascensión para difuminarse hasta que, expandidos formando una neblina, se disolvían dulcemente en el aire.

El aula estaba situada en la planta baja del edificio, lindando con el patio de atrás, en una zona infrautilizada de la escuela. Tenía dos puertas: la principal, por donde entraban todos los alumnos, y otra situada al otro lado de la pizarra, que sólo franqueaban los más díscolos. La estrategia pedagógica del señor Comas era muy sencilla: el primer día de clase informaba que los alumnos que impidiesen el desarrollo normal de la clase pasarían un rato en un cuarto adyacente, donde había un gorila encerrado. La información era facilitada con toda la seriedad necesaria y tenía un efecto disuasorio inmediato. Hasta que al cabo de unas semanas algunos alumnos empezaban a

perderle el miedo. Y entonces le tocaba al primero. Era enviado al cuarto del gorila durante un cuarto de hora, y cuando volvía era otro: lívido y tembloroso, provisto de una obediencia a prueba de tentaciones. Los relatos de los alumnos castigados coincidían en algunos puntos: había algún ser vivo que se movía y gruñía, pero que no llegaba a tocarles. Ángel Mauri escuchaba con atención estos relatos y se sentía satisfecho de su buena conducta.

Un día –sería a última hora de la tarde- se oyeron unos golpes en la puerta del aula.

-Adelante –dijo el señor Comas.

Hizo su aparición un viejo calvo, huesudo y nervioso, que se movía con ligereza dentro de un guardapolvo azul que le iba pequeño. Desde el momento en que entró se sucedieron los murmullos.

-El señor Octavi, el señor Octavi –cuchicheaban los impúberes.

Efectivamente, éste era el nombre del conserje, un hombrecillo que tenía como afición principal el propinar simpáticos y dolorosos pellizcos a cualquier niño que se le acercara. Provocaba una atracción por el riesgo dosificado parecida a la del Tren de la Bruja.

-¿Puede venir un momento, señor Comas?

-El que no se porte bien ya sabe lo que le va a tocar, ¿verdad? –les recordó el maestro antes de salir.

No estaban acostumbrados a quedarse solos. La práctica habitual del personal docente consistía en situar a un alumno ante la pizarra para que se encargase de apuntar el nombre de los alumnos menos dóciles. Pero en aquella ocasión el señor Comas no debió acordarse. El caso es que al poco rato un niño se levantó para pedir un sacapuntas, después otro lanzó un avión de papel, un tercero le tiró de los pelos al compañero de delante, y poco a poco a todos se les contagió el ambiente de transgresión impune. La circunstancial ausencia de Barneda, que solía concentrar las actividades subversivas, tuvo el efecto paradójico de extender la rebelión. Ángel Mauri, de ordinario modélico, reaccionó como muchos tímidos cuando ven la ocasión de explayarse, es decir, mostrando una capacidad de autocontrol nula. Cuando se dio cuenta de que se había instaurado el caos, se agachó, abrió la cremallera de su cartera de escay negro y sacó el bote de bragas de su hermana, que a la sazón estaba lleno de canicas. Lo sujetó y comenzó a percutirlo contra la mesa, suavemente en un primer momento, pero en un volumen cada vez más elevado. Tarareaba una canción y seguía el ritmo con el bote, que emitía un ruido a la vez agudo (el tintineo de las canicas), sordo (correspondiente a los golpes que daban las canicas a la tapa de plástico) y contundente (cuando la

parte inferior del bote chocaba con la madera del pupitre) que era imposible ignorar.

*Raska-yú,*

*cuando mueras qué harás tú.*

*Tú serás*

*un cadáver nada más.*

La canción y el acompañamiento ganaban volumen por segundos. También es cierto que otros alumnos callaron paulatinamente. En primer lugar, por embobamiento ante la transformación experimentada por Àngel, que se comportaba como un auténtico cafre. En segundo lugar porque el señor Comas acababa de entrar y se dirigía sigilosamente hacia el epicentro de aquella olla de grillos. El silencio que se extendía por el aula contrastaba con el ruido infernal que producía Àngel, quien proseguía su fiesta particular cantando (ahora una improvisación alejada de cualquier melodía identificable), saltando sobre la silla, haciendo muecas y golpeando contra el pupitre, con todas sus fuerzas, el bote de bragas que no había dejado de sujetar con ambas manos, crispadas sobre el tapón transparente, produciendo un ruido parecido al que obtendría alguien que quisiera destrozarse unas maracas agrietadas a base de proyectarlas repetidamente contra un bidón de hojalata. Con los ojos cerrados, lejos del violento asombro que crecía a su alrededor, Àngel Mauri dejaba emerger toda su energía y disfrutaba sin reservas de aquellos momentos de éxtasis, sacudiendo, más allá de cualquier noción de ritmo, el objeto que se había trasmutado en caja de resonancia de su alma desbocada. Hasta que notó, primero, una bocanada de tabaco negro y, después, una zarpa que lo agarraba por el cuello de la camisa y lo transportaba, en volandas, hasta el cuarto del gorila.

Una vez dentro, parece ser que Àngel se quedó apoyado en la puerta, esperando en vano a que sus ojos se habituaran a la oscuridad. De un ángulo de la habitación provenía una respiración descompasada, como de un animal herido o fatigado. No eran gruñidos, tan sólo el ruido del aire saliendo con dificultad de unos pulmones gastados. Después oyó como si unas garras rascaran la pared con un movimiento repetitivo. Sin moverse –y él no pensaba hacerlo–, era imposible averiguar el tamaño del cuarto. La respiración, en cualquier caso, parecía provenir de una distancia de tres o cuatro metros. Durante el rato que estuvo allí, Àngel no percibió ningún sonido proveniente del exterior: como si el mundo se hubiera detenido. El suelo parecía sucio de alguna

sustancia pegajosa, pero más tarde no recordaría ningún olor especial. De repente, después de unos minutos eternos, la puerta se abrió de nuevo, la garra del señor Comas lo aferró de nuevo por el cuello de la camisa y lo devolvió a su silla. La cara de Àngel estaba roja de vergüenza, però también –a parroquias- blanca de miedo.

Volvemos a encontrar un bote de bragas unos meses después. Ignoramos si se trata del mismo bote que irritó al señor Comas; tampoco sabemos con certeza si las canicas que contiene son las mismas. Nos encontramos en el hogar de Àngel: un piso de la calle València –barrio Viviendas San José- formado por la cocina, el comedor-sala de estar y un pasillo con dos puertas a cada lado. Àngel está jugando en su habitación. Su padre trabaja. Su hermana está fuera. Su madre está en el comedor-sala de estar con una visita. No es éste el momento de hablar de la madre de Àngel Mauri. Digamos, tan sólo, que su política recuerda a la de los gobiernos mexicanos de los años ochenta: apertura exterior y represión interna. Añadamos que su carácter se suaviza ante las visitas. Àngel, después de un rato de jugar a la guerra con sus soldados de Can Prats, siente el impulso irrefrenable de mostrar su colección de canicas a la visita. Toma el bote de bragas y se dispone a salir. Dejémosle así, congelado en el camino al desenlace, y desplacémonos momentáneamente al piso de abajo, donde vive un empleado de aduana con su señora y cuatro hijos. Quien nos interesa sobre todo es la mujer, la señora Montserrat, conocida en todo el barrio por sus frecuentes ataques de histeria –probablemente asociados al síndrome pre-menstrual-, que se manifiestan en forma de aullidos y chillidos, entre los cuales apenas se pueden percibir otros sonidos articulados que las peores blasfemias que puede proferir un ama de casa de la época. Los destinatarios habituales de estos ataques son sus hijos, en particular el menor, que ahora tiene cinco años, pero los habitantes del bloque de pisos saben que si algo molesta positivamente a la señora Montserrat son los ruidos provenientes del piso de arriba.

Àngel, ahora sí, abre la puerta de la habitación y enfila el pasillo. Oye cómo su madre y la visita ríen y parlotean. Agarra con fuerza el bote de bragas y abre la puerta del comedor-sala de estar.

-¿Qué quieres, majo? –dice su madre.

Él avanza con los brazos estirados, el bote de bragas ante sí, como un estandarte.

-Hijo –continúa su madre-, ¿el bote está lleno de canicas? No se te vaya a caer.

Él avanza con decisión, mostrando el bote de bragas a modo de tributo debido a la visita. Y, como un latigazo, llega la frase fatídica:



-Àngel, si se te cae el bote, te juro que te las tiro todas.

El aviso va haciéndose lugar en el cerebro de Àngel mientras muestra las canicas a la visita, que las mira con un interés algo sobredimensionado. Le formula un par de preguntas, que Àngel responde con una sonrisa tímida. La visita le pregunta si se ha tragado la lengua. Después de recibir los elogios pertinentes y también un beso cerca de los labios, Àngel regresa satisfecho a su habitación. Cuando llega al pasillo, una ligera molestia en el músculo del brazo le advierte que lleva demasiado rato sosteniendo el bote de las canicas, de modo que se dispone a cambiarlo de mano, pero todavía está abriendo la puerta de su habitación y, sin querer, aprieta con demasiada fuerza la base del bote. El tapón, impulsado por el ligero movimiento que recorre el plástico, cae al suelo dando dos o tres vueltas de campana. En aquel momento Àngel desequilibra el bote y las canicas inician un movimiento pendular, como olas de colores en una tormenta de plástico blanco. Clonc, clonc, clonc, una de las bolas, la más decidida, cae y rebota ruidosamente en el suelo (un suelo desnudo, de terrazo, sin una triste alfombra que amortigüe el ruido). Después sobreviene la catástrofe. Temeroso de lo que está a punto de ocurrir, de lo que ya ha empezado a ocurrir dentro de su cabeza, Àngel aprieta con más fuerza el plástico del bote y ya son dos, tres, cuatro las canicas que, clonc, clonc, clonc, caen y rebotan por las paredes del pasillo y de su habitación. El resto se precipita al suelo debido al esfuerzo que hace Àngel por cogerlas al vuelo.

En un primer reflejo, Àngel intenta, sin éxito, parar con los pies –pisándolas en seco- la trayectoria de las canicas que salen disparadas hacia los cuatro ángulos de la habitación. Antes de intentar capturarlas con el bote de bragas en la mano –como si fuera una canasta- se detiene un segundo para escuchar las reacciones que se producen en la sala-comedor. No se oye nada. Por el momento, tampoco la vecina de abajo hace uso de su voz. Y, ahora sí, todo el mundo de Àngel Mauri se resume en el ruido infernal del vidrio contra las baldosas, del vidrio contra la puerta del armario, del vidrio contra el zócalo de color negro brillante cuando dos canicas chocan y se proyectan en direcciones opuestas y él no sabe cuál seguir.

Los saltos y rebotes de las canicas duran una eternidad (un poco menos, quizá, que la eternidad del cuarto del gorila), pero finalmente cesan. Entonces Àngel, agachado en la habitación llena de canicas que todavía ruedan, empieza a llorar a su manera: suavemente, sin mocos, con unas lágrimas pequeñas que resbalan deprisa por la mejilla antes de que tenga tiempo de lamerlas. Lloro, claro, por las canicas que está a punto de perder, por las canicas que su madre le ha asegurado que tiraría si se le caían. Y aunque sepamos que no cuesta demasiado regresar a Can Prats a procurarse otras, lo cierto es que Àngel ya ha establecido una relación afectiva con *estas* canicas (algunas ya empiezan a estar picadas), y con *este* bote de bragas (que, por extensión, teme que recibirá un trato

parecido al de las canicas). Lloro, también, por la reacción de su madre, por la desproporción entre la falta que ha cometido (negligible) y el castigo que recibirá (descomunal), y lloro también porque intuye que lo que está a punto de ocurrir con las canicas es la puerta de entrada a otras desproporciones futuras, que ahora no sabría ni imaginar y que, por esa razón, son dignas de ser tenidas en cuenta por su llanto. Intuye que la relación con su madre está sometida a la arbitrariedad del castigo ejemplar, absoluto e irrevocable, del cual las canicas son sólo una muestra, o un símbolo, o un anuncio. Pero lloro también por su madre, lloro porque ella es incapaz de darse cuenta de la magnitud de esta desproporción, y porque él no tiene medios suficientes para demostrársela. Y lloro sobre todo porque quizá de ese modo, cuando ella abra la puerta y lo vea acurrucado en la habitación llena de canicas que ya se han detenido, llorando con cara de vaciarse por las órbitas, se dará cuenta de que las cosas no pueden seguir así, de que ella no le puede tirar todas sus canicas sólo porque se le han caído en un descuido, de que nadie puede sostener que ésta es una reacción razonable, y si Àngel hubiera oído hablar de la estimulación positiva, seguro que intentaría detener el torrente de lágrimas para proponerle un nuevo paradigma de relación, por llamarlo de alguna manera. Àngel también llora por su padre, porque debido a su trabajo de agente comercial está siempre fuera, y cuando regresa es generoso y comprensivo, pero hoy no está en casa y por lo tanto no puede apoyarle. Y, por supuesto, Àngel llora también por él, por el gesto tan inoportuno que ha sido mostrar las canicas a la visita, pero todavía más por su torpeza al dejarlas caer, porque su madre le había avisado y por tanto el castigo es, a pesar de la desproporción, justo e incluso necesario. Y lloro también porque está seguro de que si su madre no le hubiera avisado de que le tirarían todas las canicas si se le caían no habría agarrado el bote con tanta fuerza, no se habría puesto tan nervioso cuando ha caído la primera canica al suelo y, en definitiva, no le habría caído ni una. Y lloro también porque es el único consuelo que le queda, o el más efectivo, y también porque llorar puede ser también una barrera, una manera de provocar lástima cuando su madre abra la puerta de repente, dispuesta a tirarle todas sus canicas a la basura, aunque sabe que sus lágrimas no son tan poderosas como para impedirlo, y lloro también por este motivo, por el limitado poder de su única arma, pero también para fortalecer ese arma, porque quizá hoy que tienen una visita las lágrimas serán más eficaces, y se esfuerza —entre la sensación de ridículo y la necesidad de artificio— por provocar más lágrimas ahora que parece que empieza a interrumpirse el buen ritmo de llanto que había conseguido mantener. Por todo eso llora Àngel mientras mira las canicas dispersas por la habitación, las canicas que tienen los días contados, y se despide de ellas a su manera trágica e infantil, interesada y silenciosa, con lágrimas tan discretas (a su pesar) como el agua mineral.

Y en ese momento, cuando la última canica ha dejado de moverse, le llega un sonido de la sala-comedor. Sí, oye un sonido formidable, inesperado, inverosímil: a su madre riendo. No es que

se ría: es que se muere de risa. Son unas arcadas violentas, en las que la respiración apenas puede salir de los pulmones congestionados, y en las que las carcajadas, después de brotar con fuerza, se apagan gradualmente, como si surgiesen de una gaita vieja en la que sólo se pudiese soplar una vez, y aun así con mucho cuidado (pero no ha sido una sola vez: debe de haberse iniciado en el momento en que él ha empezado a llorar). Y ahora Àngel intenta detener su llanto porque no soporta que alguien se burle de su desgracia, de la pérdida de su tesoro de cristal. Sale al pasillo. Cuando llega a la sala-comedor le extraña que la visita también se ría, ya que de ninguna manera la visita puede encontrar graciosa la desproporción entre la falta que ha cometido y el castigo que se derivará, la injusticia patente de tirar todas sus canicas por nada, sólo porque el tapón no es lo bastante duro y ha saltado del bote y él no ha sabido parar la cascada que ha sobrevenido. Pero lo más curioso, observa Àngel, es que ni la risa de la visita ni la de su madre son crueles: se ríen como si no tuvieran nada que ocultar, como si la causa de la risa fuese legítima (Àngel no está familiarizado con palabras como ésta, pero esperemos que su madre y la visita nos presten un poco de esta legitimidad; de este modo, podremos dejar la palabra a Àngel para que analice la situación con un vocabulario que está lejos de poseer) y no perjudicara para nada a un alma sencilla como la suya, a la que no se puede acusar de actuar con malicia.

Ríen francamente, con alegría. Las ve, sentadas en el sofá del comedor-sala de estar, con la cabeza hacia atrás, relajadas, contentas de reírse, y ahora que lo miran se fija en que tienen los ojos brillantes, como si llorasen de tanto reír. Cuando se acerca, ellas no pueden dejar de ver que él está llorando, y así y todo siguen riendo, sí, pero ahora (él se da cuenta) con menos intensidad: con una risa enternecida, compasiva, algo avergonzada, una risa de adulto que se ríe de un niño aun a sabiendas de que no debería hacerlo. Y poco a poco Àngel se da cuenta de que esta última risa ha surgido al descubrir que él ha creído que la amenaza iba en serio. En realidad deben haber empezado a reír cuando han oído caer las bolas. Les habrá hecho gracia que la profecía se haya cumplido de una manera tan rápida y estrepitosa, se han desternillado de risa cuando han oído las pruebas de la ineptitud de Àngel, el ruido de las canicas cayendo, una risa que se hace cargo de las imperfecciones, de los defectos, que no es burlona ni superior, más bien resignada, porque -lo queramos o no- siempre habrá niños a quienes se les caerán todas las canicas, una risa despreocupada quizá también previendo la histeria de la señora Montserrat, ella que por nada se pone a chillar (cómo le debe haber costado -suponiendo que esté en casa- no gritar de un piso a otro todas las barbaridades que le habrán pasado por la cabeza y que tan a menudo grita a su hijo menor).

Àngel ahora no alberga ninguna duda de que ni su madre ni la visita se han tomado en serio la amenaza, sino que en seguida han dado por descontado que se trataba de un falso aviso, de una

advertencia que ya incorporaba, o precipitaba, el peligro y que por ese mismo motivo no podía sancionarlo. Àngel comprende que cuando lo han visto entrar en el comedor-sala de estar con la cara bañada en lágrimas han reído por simpatía, por la satisfacción que produce darse cuenta de que la inocencia existe, de que Àngel se lo ha creído, como si alguien creyera en los Reyes Magos o en el Papa Nöel, la risa algo turbia vista desde fuera pero en el fondo tan poco perversa de las personas que se sorprenden cuando descubren que hay quien es más ingenuo de lo que creían, quizá recordando la época en que ellas mismas eran lo bastante inocentes como para creer en este tipo de cosas.

Es entonces cuando Àngel, después de intuir esta reacción de las dos mujeres (que hemos intentado hacer más explícita de lo que ellas y, huelga decirlo, él mismo, podrían llegar a sospechar), regresa a la habitación y se abandona al llanto, ahora sí, ruidosamente, con más ganas: porque no llora por la distancia que ha detectado entre la falta y el castigo (al fin y al cabo, está habituado a llorar por la injusticia, y tal vez ya lo hace de manera no rutinaria però si maquinal), sino por una razón más grave: por el malentendido, por la distancia que lo separa de su madre, una distancia que es mayor de lo que él había calculado, en parte también por culpa de él mismo. Lloro porque incluso la visita había comprendido lo que él no había llegado a sospechar, es decir, que la amenaza no era más que una broma. Lloro porque no ha estado a la altura de lo que se esperaba de él, porque tiene nueve años y ha reaccionado como un crío. Vuelve a llorar, con más intensidad, porque su error ha sido sobre todo de cálculo, porque lo peor no ha sido ser incapaz de interrumpir la caída de las canicas, sino desconfiar cuando no era necesario, y este error le duele y le hace llorar de autocompasión, que es un llanto que le da rabia y por ello le hace llorar con más intensidad. Se sienta en la silla que está ante la ventana y llora porque sabe que en el fondo se lo merece (en realidad, es consciente de que no todo es culpa suya, pero las lágrimas tienen su propia dinámica y rechazan las medias tintas), porque ya le parece bien todo lo que le sucede (bueno, no es eso, pero ahora le da lo mismo), porque nunca está seguro de si le hablan de verdad o de mentira, de si le sueltan bromas, o amenazas, o profecías, porque se merece que Barneda se quedase su primera canica, y se merece que el señor Comas lo encerrase en el cuarto del gorila, y las causas de las lágrimas se mezclan sinérgicamente y multiplican sus efectos. Lloro porque su madre no soporta que llore, porque es como si las lágrimas fuesen la constatación de un desencuentro, o de un equívoco, o de un fracaso, y sabe que enseguida que llora ella viene a su cuarto a decirle que pare, a gritarle, a ordenarle que ya está bien, que basta, aunque hoy, como tiene una visita, no lo hará. Àngel llora porque lo tiene prohibido, porque hoy lo hace de manera excepcional y aprovecha para verter todas las lágrimas posibles antes de que la visita se vaya y su madre le diga que lo de llorar se ha acabado. Lloro para que ella lo vea cuando finalmente abra la puerta, para ofrecerle las lágrimas

como una ofrenda, resbalándole por la cara hasta el suelo, sin muecas ni ruidos, fríamente, como si se limitase a constatar una distancia insalvable de la única manera que le está permitida, aunque sólo le está permitida en días de visita. Lloro, al fin, porque él es el único responsable de su llanto, porque nadie viene a consolarlo y a secarle estas lágrimas, que ahora se imagina grandes y redondas, y de colores, como las canicas que empieza a lanzar por la ventana, de una en una, con una pasión concentrada, sin mirar a donde van, estas lágrimas que finalmente caen por alguna razón, porque se está quedando sin canicas, porque le parece oír como rebotan sordamente en la acera de enfrente, porque los niños del barrio pronto se las habrán llevado todas, porque finalmente ha encontrado un motivo para todas estas lágrimas.